

CRÓNICA DE **POROEROTUS**

Tania Gomezdaza

Afuera la temperatura es de varios grados debajo 0°, es un sábado de noviembre por la mañana, en pocos días el sol no subirá debido a la noche polar que se produce durante el solsticio de invierno. En esta temporada el astro rey no llega a asomar por el horizonte en todo el día. Una de estas mañanas, cuando no habrá luz después de las tres de la tarde, nos dirigimos hacia Rovaniemi: *la puerta de Laponia*, situada cerca del Círculo Polar Ártico, en Finlandia.

En Rovaniemi viven unos 58.000 habitantes y algunos de ellos conservan aún la tradición de crianza de renos al igual que el pueblo indígena Lapón (Lappi), que se extiende a partir de esta región hasta Noruega, Suecia y parte de Rusia. Este día en específico será el momento de la separación de renos “*Poroerotus*”, en lengua finlandesa. Este es el tiempo en que se elegirán y sacrificarán algunos de estos animales como sustento para lo que resta del invierno.

El panorama es como una película en blanco y negro a no ser por los colores que la gente lleva en sus ropas. El imponente bosque se extiende a nuestro alrededor dejándonos ver las coníferas, pinos, abetos y abedules, cubiertos por pesadas capas de nieve. Sus ramas se cuelgan y dan la impresión de cansancio, pero estas especies están acostumbradas a este peso que durante casi la mitad del año se suspende sobre ellos.



A este paisaje lo acompañan cientos de renos que pastan y habitan en el lugar. Sus hocicos aspiran de entre la nieve una delicada hierba que se esconde debajo de la gruesa capa blanca. La huelen, la localizan y la jalan para luego ingerirla, todos parecen realizar la misma acción y ni siquiera parecen percatarse cuando estacionamos el auto cerca de ellos.

Este día comienza temprano para todos; tanto niños como mujeres y ancianos participan en la actividad. Las mujeres han previsto café y algunos bocadillos para la hora del descanso. Los hombres se concentran en los alrededores, al parecer a esta hora del día ya realizaron la primera separación y dentro un corral se pasean nerviosos alrededor de 30 renos.

Aprovecho para hacer las primeras tomas en todo su esplendor.

Cuando menos lo espero, una decena de hombres se apresura hacia el corral con una manta larga para cercarlos y enviarlos hacia un corral continuo. Es aquí donde estos mismos hombres, junto con un anciano que mira desde lo alto y hace anotaciones, comienzan a elegir los renos que serán sacrificados en los siguientes minutos. Para identificarlos se harán pequeñas cortaduras en sus cuerpos. En este punto los animales ya están lo suficientemente

nerviosos como para producir una escena alterada y agitada, incluso entre la gente que observamos se ha contagiado la excitación.

Los niños pequeños miran lo que parecen estar más acostumbrados, uno de ellos, de quizás 10 años de edad, participa y grita. Los animales, inquietos, se mueven rápidamente mientras los hombres los sujetan con rudeza para marcarlos con una pequeña cortadura en el costado. Una vez marcados son trasladados a un tercer corral, alrededor de 20 son los elegidos para morir.

Ha llegado el momento del descanso. Los hombres, mujeres y niños se dirigen hacia una fogata que está cerca de los automóviles. Aquí las mujeres ya tienen listo el café caliente, pan y algún guiso ligero. Todos pueden tomarlo, inclusive nosotros que estamos ahí para tomar algunas imágenes y acompañarlos en el ritual. Los hombres, en su mayoría viejos, se sientan alrededor del fuego para conversar. Hablan y sonríen entre el humo, parece ser un momento importante y de satisfacción para todos ellos. Mientras beben café dejan enseñar sus dientes en una carcajada, la imagen es cálida con todos ahí reunidos.

No ha pasado ni media hora cuando los hombres apresuran el último trago de café para continuar con su trabajo. Se

dirigen a las afueras de los corrales y toman posiciones. Un par de ellos se precipita para traer a escena al primer reno. Un hombre con rostro frío lo espera con un arma en la mano, toma su cabeza y justo en medio de los ojos le suelta un disparo. El disparo emite un ruido seco apenas perceptible. Es una aguja larga que atraviesa y mata instantáneamente al animal. Este se desploma, otro par de hombres llega inmediatamente a recibirlo para cortar su garganta y desangrarlo. Todo sucede en cuestión de segundos y así la misma escena se repite y repite.

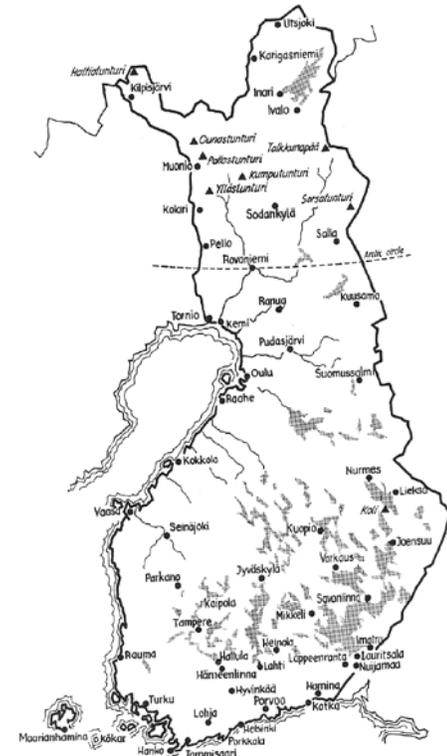
Ante mi asombro veo al mismo niño de aproximadamente 10 años de edad arrastrar los cadáveres para formar una fila donde otro grupo de hombres comenzará a cortar sus extremidades. Su pequeño cuerpo hace su mayor esfuerzo por jalar a los animales y enfilarlos. Su cara delata su pasión y agradecimiento por dejarlo participar a pesar de su corta edad. Cabezas y patas son desprendidas, cuernos, luego el pelaje y hasta las lenguas se pueden ver sueltas. El panorama se ha vuelto rojo en muchos puntos y un olor a sangre caliente se puede percibir en el ambiente.

Me aproximo a la sangre, pero un vaho cálido y acre golpea mi nariz y revuelve mi estómago, esta vez tomo conciencia de que la sangre tiene un cierto olor que aunque me fue repulsivo al principio hubo un momento en que me acostumbré.



Todo sucede muy rápido, el sonido seco del arma sigue sonando y la fila sigue creciendo. Todos trabajan, todos tienen una tarea en específico. Los niños y los ancianos reciben la sangre en recipientes para removerla y evitar que se coagule. En una especie de rito todos se concentran en sus labores: ejecutar, desangrar y destazar para así lograr obtener todas las partes del animal que serán aprovechadas para algún fin.

Con mis manos entumidas intento fotografiarlo todo, por dos ocasiones he tenido que detenerme porque la batería de la cámara no funciona por el intenso frío. Es la primera vez que me enfrento a este problema, pero sólo basta con tomarla dentro de mi mano por unos minutos para que vuelva a funcionar. Mis pies se han congelado y duelen, ya habrá pasado más de una hora desde que llegamos. Por momentos mi cabeza parece no hacer caso a los pies que sufren, el dolor aumenta y mover los dedos duele. A lo lejos veo a los espectadores en la misma agonía del frío. Ahora entiendo porqué hay que darse prisa en esta actividad. En



una especie de agitación nerviosa me apresuro a seguir capturando imágenes para que quede registrado el momento. De pronto la imagen se torna familiar y logro integrarme a completamente a este ritual.

Todos los puntos están cubiertos, lo que más llama mi atención es el contraste de la sangre con la nieve, que a pesar de ser grotesco le encuentro un aire estético. Las pieles desprendidas están tendidas en la nieve, la carne ensangrentada cuelga en estructuras de metal y algunas cabezas aún con los ojos abiertos se esconden bajo la nieve, su mirada desolada y sus largos cuernos sobresalen. En menos de dos horas, aproximadamente, han sido ejecutados alrededor de 20 animales, el tiempo ha sido aprovechado al máximo. En algún punto el golpe seco del arma ha dejado de sonar, pero aún se sigue cortando carne.

El siguiente paso será dejar escurrir los cuerpos y comenzar a ponerlos en contenedores. Las familias que participaron en esta actividad repartirán la carne entre ellos y otra parte será vendida para amigos y familiares. Las familias finlandesas suelen comprar un reno entero o la mitad para congelarlo y tenerlo como reserva los siguientes meses. Algunas familias los procesan para ahumarlos, dependiendo el gusto. La dieta del finlandés se basa en carne de reno y pescados como el salmón y el arenque, acompañados de vegetales y el tradicional pan *kalakukko*.

Los cuernos de los renos son aprovechados como artesanía tradicional. Los Lapones o Samis fabrican el *slöjd*, un cuchillo hecho a base del cuerno, tallado y grabado. El *slöjd* femenino también es confeccionado con tejidos y joyería. La carne se vende entre 2 y 3 euros por kilogramo. En 1995 Finlandia pasó a ser parte de la Unión Europea con la condición de regular esta actividad, para promover la conservación de esta especie. Actualmente sólo el 10% de estos animales son destinados para ello, situación que ha afectado económicamente a cientos de familias finlandesas y a la cultura Lapona.

La luz de día acabará pronto, pero habrá una celebración después del trabajo. Nosotros emprendemos nuestro camino de regreso a Tornio con un dejo de haber presenciado un acto violento al que no estamos acostumbrados. Esta experiencia cambió mi vida para formarme un criterio responsable de consumo frente a la supervivencia y la vida moderna en las diferentes culturas del mundo. ▣



Tania Gomezdaza (Ciudad de México, 1980). Mexicana, realizó estudios de periodismo en la Escuela Carlos Septién García y actualizaciones en técnicas de la fotografía en la Universidad Iberoamericana. Ha publicado algunos de sus trabajos para *Milenio Dario* y *Semanal*. Realizó la exposición fotográfica "Barricada Oaxaca" en la Gallery of Media Center Lumee, en Helsinki, Finlandia. Hizo la fotografía fija del documental "El Extraño Experimento del Profesor Elizondo" producido por Teveunam. También ha exhibido su trabajo como animación fotográfica junto con los artistas finlandeses Teija y Pekka Isorattya y la banda musical Polka Madre en el Polyforum Álfaro Siqueiros.